

la entrada segura os diera,
el apetito venciérase
vuestra nobleza y valor.

(Echa mano.)

Mas por sí, ó por no, dejad
vuestra amorosa querella
en esta raya. ó en ella
dejaré vuestra amistad
por más prendas que en ella haya;
que ser amigo es deshonor (1)

LUIS. Dame, amigo, aqueos brazos,
que injustamente lo fueras
si enojado no rompieras
de mi amor los ciegos lazos.
Habló sin pedir licencia
á la razón el deseo;
mi culpa y tu enojo veo;
mas sirva de penitencia
mi justo arrepentimiento,
que el fuego que me provoca
sacó el alma por la boca,
porque estaba en mí, violento.

Tántalo soy; el manjar
que mi apetito interesa
me pone amor en la mesa
sin dejarme tocar.
Ven, que persuadido quedo,
por mucho que pueda amor,
que podrá más el valor
de don Luis de Toledo.

DIEGO. Vamos, que esa hazaña sola
es digna de aquese pecho.
Pero ¿qué hazañas no ha hecho
la cortesía española?
Contra ti has de pelear.

LUIS. ¡Cielos, que viendo que abrasa
el fuego el dueño á su casa
no le ha de poder matar!

(Vanse los dos.)

ESCENA VI

CALVETE y ELENA.

CALVETE. Pacheco: ¿qué suspensión
es esa?

ELENA. Es mi desventura,
es pena, es rabia, es locura
y es la misma confusión
del infierno. ¿Margarita
en casa con don Luis?
Celos, ¿aquesto sufrís,
cuando amor os precipita?
¡Fuera vida, seso afuera,
fuera inútiles disfraces!
Sepa quién soy.

CALVETE. ¿Qué es lo que haces?

ELENA. Muera Margarita y muera
don Luis.

CALVETE. ¿Estás borracho?
¡Jesús! ¿qué te importa á ti
Margarita?

ELENA. ¡Buena es eso!

(1) Falta un verso después de éste; pudiera ser:
«del que en ofensa de la honra á otro semejante.»

El alma, la vida, el seso,
que por su ocasión perdí.
¿Piensas tú que soy Pacheco?

CALVETE. Pues ¿quién eres?

ELENA. ¿Qué sé yo?

Un árbol que amor plantó,
verde ayer y ahora seco.

¡Ay, confusos devaneos!

¿Así quién soy descubris?

¿Por qué, honor, no resistís
mis frenéticos deseos?

Si aquéste sabe quién soy

á don Luis se lo dirá,

y sin razón cortará

la tela que urdiendo voy;

impórtame divértille

de este pensamiento. Amor:

siempre sois enredador;

prevenidme qué decille.

CALVETE. ¿Qué, no eres Pacheco?

ELENA. No.

CALVETE. Dime, pues, ¿cómo te llamas?

ELENA. Infierno de amor.

CALVETE. ¿Luego ¿amas

á Margarita?

ELENA. Enlazó

en sus brazos mi esperanza

la hiedra que, ya marchita,

adivina en Margarita

mi muerte por su mudanza.

¡Ay, si supieras quién soy!

Mas, si muero porque callo,

poco importa declararallo

y morir, pues loco estoy.

CALVETE. ¿Quién eres?

ELENA. El desdichado

príncipe de Parmá.

CALVETE. ¿Quién?

ELENA. Yo.

CALVETE. ¡Oh, qué bien!

Pocas muelas he mamado.

¿A mí engañifas?

ELENA. ¡Pluguiera

al cielo que no me honrara

con tal nombre, que no entrara

en Bolonia, que no viera

con Margarita mi daño,

que no pagara tributo

á mi amor el suyo en fruto

que sembré y cogí en un año!

Del hijo de quien es madre

soy padre.

CALVETE. Serlo podéis;

pero, pardiez, que tenéis

ruines barbas para padre.

Pacheco: si ha sido gana

de darme papilla al niño

con ella, que sois lampiño,

y yo extiendo toda harana (1).

ELENA. Vete, necio, que no estoy

para burlas ni quimeras

cuando salen tan de veras

mis desdichas. Di que soy,

(1) Así en el original.

á Margarita, heredero
de Parma desposeído,
por principe aborrecido
y amado por jardinero.

Di que, pues el español

me afrenta y sus brazos goza,

sin que el valor de Mendoza

lo estorbe, que cuanto el sol

viste de oro y el mar baña,

tengo de peregrinar

hasta que pueda vengar

la injuria que me hace España.

Dile que de celos muero

y que la vida me enfada;

pero no le digas nada,

que es don Luis caballero;

ella noble, y sin sentido

mis celos, que sin querer

juzgan lo que puede ser

como si ya hubiera sido.

CALVETE. Tú lo dices de tal suerte,

que cuando burlarme trates,

aunque ensartas disparates,

de lástima he de creerte.

Pero ¿cómo puede ser,

rapaz, lo que dices cierto,

si ha un año que está encubierto

en casa de esa mujer

el príncipe, y de su estado

por el marqués excluido?

ELENA. Basta decir que yo he sido

quien de pastor disfrazado,

temeroso del marqués

de Monferrato, la quinta

donde á Chipre el amor pinta,

cultivé por interés

de otra Venus en beldad

que me dió un ángel que incita

al amor.

CALVETE. Si á Margarita

gozabas con libertad

hecho hortelano, ¿á qué efecto

dejaste el rústico traje

y escogiste más ser paje

de don Diego?

ELENA. No hay secreto

que permanezca si el ciego

descubre sus travesuras;

sembró sus gustos á oscuras

y á luz sacó el fruto luego.

Supo su hermano el suceso,

mandó ausentarme el temor,

mas, como, aunque niño, amor

es temerario y travieso,

por no ausentarme de aquí

y saber de esta maraña

al fin, el valor de España

en mi favor escogí.

CALVETE. Pues ¿por qué más á don Diego

que á otro?

ELENA. ¡Jesús, qué extraño

sois, Calvete! Si en un año

que cual mariposa al fuego

me abraso por Margarita,

sé que es don Luis su amante

y que no hay hora ni instante

que su amor no solicite,

discreción fué el escoger
el serville, pues podía
andando en su compañía
á mi Margarita ver

con don Luis cada instante

que á solicitalla fuera,

y mi amor en él tuviera

siempre un tercero ignorante.

CALVETE. Todo aquesto es evidencia;

convencióse mi porfia,

perdoneme vusiria;

pero mal dije, vuslencia,

que yo diré á mi señor

que es el príncipe.

ELENA. El secreto

me importa, mas yo os prometo

de haceros mucho favor

si con debido recato

mi estado y nombre encubris,

que es amigo don Luis

del marqués de Monferrato,

y no menos que la vida

en que lo ignore me va.

CALVETE. Desde hoy la lengua estará

por ti al paladar asida.

Pero más satisfacción

tu Margarita merece

si por tu causa aborrece

de mi señor la afición.

ELENA. ¡Ay, cielos! que su hermosura

corre riesgo en su poder,

y amor no sabe perder

el tiempo ni coyuntura.

CALVETE. Don Luis ha prometido

no agraviarla, y de su honor

es don Diego el defensor;

firme ella, tú su marido,

no hay trance que temer puedas.

ELENA. Ni hombre que pueda estar,

Calvete, junto al manjar

con hambre y las manos quedas.

Mas, vamos, que mi presencia

la suya hará recatada.

CALVETE. ¿Hay noche más enredada?

ELENA. ¡Hola!

CALVETE. ¿Qué manda vuslencia?

(Vanse.)

ESCENA VII

Salen CARLOS y PEYNADO.

PEYNADO. En una sala encerrado

hasta ahora me ha tenido,

adonde el pobre Peynado

á tragos por ti ha sorbido

la muerte; de modo he estado

esta noche en el encierro

ó prisión, que, si por hierro

Marco Antonio me matara,

en mis calzones hallara

la cera para el entierro.

Darme la muerte quería,

según por entré la puerta

lo escuché, en viniendo el día.

Ya su hermana estará muerta...

CARLOS. ¿Qué dices? ¡Ay, prenda mía!

PEYNADO. A no romper la ventana y escorirme, esta es la hora que me hace cenar sin gana con Cristo, y que Menga llora su luto y viudez temprana. Todo lo sabe, par Dios; por mataros á los dos juntos, esta noche ha sido disimulado, fingido; pero no hallándoos á vos, ya habrá visto Margarita la tierra de la verdad.

CARLOS. Antes que el cielo permita tan inhumana crueldad, venganza tan inaudita, no admita otra vez el sol desde el sepulcro español la oriental y hermosa cuna, ni sirva otra con la luna á la noche de farol. ¡Ay mi adorada inocente! Si en duda puede el temor darme la pena presente, averiguado el rigor de vuestro hermano inclemente, ¿qué hará en mí? Pero es cristiano y noble, y al fin su hermano; no hará crueldad como esa.

PEYNADO. Los golpes con que la huesa abrió el azadón villano sentí, aunque preso, señor, y el intento oí después del airado matador, porque bien sabéis que es todo oídos el temor. De una mujer afrigida, atormentada ó parida, sentí suspiros y llantos, pedir reliquias y santos y encomendallos su vida.

CARLOS. ¡Villano, loco, atrevido, vete, antes que el pesar crezca y no me dé lugar para serte agradecido!

(Vase [Peynado].)

¿Cómo no me he vuelto loco? Pero sin entendimiento fuera, esposa, el sentimiento de tu injusta muerte poco. Para tu venganza invoco tu inocencia; entrad, amor, y sed vos el vengador, aunque el castigo no iguale á la culpa. Un hombre sale.

ESCENA VIII

Salen MARCO ANTONIO.—CARLOS.

MARCO. Huyó el príncipe traidor con mi hermana, y mi venganza, por tardar, no satisfizo mi agravio; mas ¿cuándo hizo cosa buena la tardanza? Si mi ventura le alcanza, mi muerto honor resucita, á un tiempo tres vidas quita, la de Carlos fementido,

la del hijo mal nacido y la vil de Margarita.

CARLOS. ¡Cielos, Marco Antonio es éste! Mil gracias rendiros quiero, pues se vino donde espero, que aquí su castigo apreste. Caín de manos crueles más bárbaro y fiero que él, pues Caín mató un Abel y tú has muerto dos Abeles: Herodes, cuyas hazañas, para tu afrenta inclementes, es dar la muerte á inocentes, en cuya sangre te bañas. Pide al cielo si permite que un ángel vengado esté, que cada instante te dé mil vidas que yo te quite; que aun no igualara el valor de todas cuantas les des con la suya, que al fin es un ángel y no un traidor.

MARCO. Que vienes sin seso creo ó por otro me has hablado, pues las obras has culpado que aún no ejecutó el deseo. ¿A qué Abel mi enojo quita la vida que vengar quieres? ¿No sabes quién soy?

CARLOS. ¿Quién eres?

MARCO. El alma de Margarita, que en señal de su inocencia, como la vengo á heredar, no tuvo que me dejar sino es el alma en herencia, su venganza solicita.

MARCO. ¿Eres Carlos?

CARLOS. Carlos soy, que con dos almas estoy, porque vive Margarita, bárbaro tirano, en mí, pues cuando determinaste dividir las, las juntaste para venir contra ti.

MARCO. Ya tengo que agradecerte pues me excusas de buscarte, y aunque en albricias de hallarte te tengo de dar la muerte, primero que te la dé y con ella satisfagas la injuria de los Gonzagas, su sangre, nobleza y fe, quiero saber si perdida la vida con el honor murió mi hermana.

CARLOS. ¡Traidor! pues siendo tú el fratricida, ¿me lo preguntas á mí? Yo no podré castigar con tu muerte tu delito, pues si la vida te quito aún no comienzo á vengar á mi esposa. Mas, traidor, gente viene; ven tras mí, que quiero cobrar de ti como de mal pagador.

(Echan mano y vanse.)

ESCENA IX

Salen DON DIEGO y DON LUIS.

DIEGO. Entretanto que no viere el príncipe no tendrá sosiego.

LUIS. Celoso está mi amor por lo que le quiere, y vengo huyendo del fuego que mis entrañas abrasa, que aun no oso quedar en casa con ella y sin ti, don Diego.

DIEGO. Con eso das testimonio, don Luis, de tu valor.

MARCO. (Dentro.) ¡Ah, príncipe engañador!

CARLOS. (Dentro.) ¡Ah, tirano Marco Antonio!

DIEGO. Al príncipe oí nombrar.

LUIS. Yo á Marco Antonio, el hermano de Margarita.

DIEGO. No en vano nos trujo á este lugar el cielo; llega á apartarlos, que se matan.

LUIS. Caballeros, tened los nobles aceros, que entre Marco Antonio y Carlos la amistad y el parentesco han de ser los medios sabios con que se olviden agravios antiguos.

DIEGO. Si es que merezco esta merced en favor, príncipe, de que una dama que vive en mi casa os llama de su libertad deudor, parad la espada y la mano, que morirá Margarita si esta pendencia le quita á su esposo ó á su hermano.

ESCENA X

Salen MARCO ANTONIO y CARLOS.—DICHOS.

CARLOS. Cómo, pues, ¿vive mi esposa?

DIEGO. Y viva por muchos años.

MARCO. ¡Ay, sospechosos engaños!

CARLOS. ¡Ay, prenda del alma hermosa!

LUIS. En vuestro nombre me dió un ángel, de quien sois padre, que como es ángel su madre, su semejanza parió.

Y don Diego, que venía en mi busca, á vuestra esposa encontró que, temerosa de Marco Antonio, salía de su casa; y porque os cuadre el contento, quiso Dios que llevásemos los dos á la nuestra el hijo y madre.

CARLOS. Hoy vuelvo á vivir de nuevo.

MARCO. ¿Quién en una noche vió tanto enredo?

CARLOS. Sepa yo a quién tanta merced debo.

LUIS. Por don Diego de Mendoza á vuestra esposa adquirís.

DIEGO. Solamente don Luis de Toledo el favor goza con que os sirve, y le debéis aún más de lo que pensáis; disponer de ella podéis, que á la española nación no es mucho ofrecer la vida.

LUIS. Margarita está afligida, recelosa, con razón, de la enemistad antigua que entre Marco Antonio y vos se conserva, pues que Dios con tanta paz averigua, á pesar de la fortuna vuestra, prolijas pasiones, sean uno los corazones, pues que ya la sangre es una. Las manos habéis de daros de amigos.

CARLOS. (De rodillas.) Más razón es que os dé rendido á esos pies mis armas para vengaros, pues viviendo Margarita satisfecho moriría, porque el agravio lo esté que á darme muerte os incita. Para que os venguéis escojo, Marco Antonio, este lugar, porque en él ha de guardar, (1) ó mi vida ó vuestro enojo.

LUIS. La nobleza en pechos sabios olvidos de injurias cría.

MARCO. Príncipe: la cortesía puede más que los agravios. Dadme aquea noble mano y esos brazos que yo os doy.

CARLOS. Y yo nombre de mi hermano. Vamos á ver á mi esposa.

DIEGO. ¿Hay ventura más extraña?

MARCO. Siendo medianera España por fuerza ha de ser dichosa.

CARLOS. ¡Que os voy á ver, cara prenda!

LUIS. Don Diego: en esta ocasión gozará, echando al ladrón de casa, el alma su hacienda.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Sale Doña ELENA, de hombre, y MARGARITA.

ELENA. La lástima que me han hecho vuestras desgracias, señora, junto con mi inclinación que por ser noble es piadosa, me ha obligado á buscar modo con que el peligro socorra, que corren á un mismo tiempo vuestra vida y vuestra honra. De España vine á ser paje de don Diego de Mendoza,

(1) Así en el original; pero parece deberá leerse: «porque en él han de quedar.»

y aunque paje, bien nacido,
como hablan por mí [las] obras.
De vuestros amores supe
aquesta noche la historia,
que aunque comienza en tragedia
muchas el cielo revoca.
También supe la ocasión
que os sacó de noche y sola
de vuestra quietud y casa
librando la vida á costa
del *qué dirán*, monstruo vil
en cuya bárbara boca
tantas honras hemos visto
despedazadas y rotas.
Alegre estaréis sin duda
de que en una casa propia
halléis socorro, hijo y madre,
en la nobleza española.
¿Quién duda que aguardaréis
que salga la blanca aurora
huyendo del sol, que ensarta
en hilos de oro su aljófar,
para que el príncipe venga
y á vuestros pesares ponga
alegre fin, dando treguas
á vuestro llanto y congojas?
Don Luis, que en casa ha visto
la ocasión, vencido borra
promesas y obligaciones,
y á los pies del gusto postra
respetos y cortesías.
Si no huís dentro de una hora
á la luz de esa hermosura
será ciega mariposa,
que, aunque queme su nobleza
las alas á la memoria,
traerá otra vez el agravio
que á Tarquino echó de Roma.
Don Diego, como es su amigo,
ni os defiende ni reporta
con el freno del consejo
su determinación loca.
Antes por dalle lugar
se ha ausentado de Bolonia;
ved vos, si se va el que os guarda,
¿qué hará el ladrón con las joyas?
El príncipe, que pudiera
defenderos como á esposa,
yéndole yo á dar aviso,
imposible es que os socorra,
porque, según en corrillos
lo dice la ciudad toda,
dejando el toscó disfraz,
tomó para Parma postas,
donde estableciendo paces
perpetuas, otra vez cobra
su estado, dando de esposo
la mano á la hija hermosa
del Marqués de Monferrato
y previniendo á sus bodas
mil fiestas que á vuestro amor
harán las fúnebres honras;
pues decir que vuestro hermano,
aunque esta casa os esconda,
ha de ignorar dónde estáis,
sabiendo que os sirve y honra
don Luis, es ignorancia;

y si viene, ¿quién le estorba
que rompiendo vuestro pecho
con él su agravio no rompa?
Celos, peligro y temor
contra vos al arma tocan,
que es propio de las desgracias
convidarse unas á otras.
Mirad si os ofrece el alma
remedio al mal que os asombra,
y si no le halláis bastante
y queréis poner por obra
el que os tengo prevenido,
con determinación corta
le ejecutad, porque os va
en la brevedad la honra.
MARGAR. Días ha, amigo Pacheco,
que se ha hecho el alma sorda
á mil pronósticos tristes
que quieren cumplirse ahora.
El temor, que es adivino,
revolvió las tristes hojas
de mis desdichas, y en ellas
leyó mi ventura corta.
Ya yo temí la mudanza
de Carlos, que era forzosa,
porque una mujer gozada
es trato que anda de sobra.
Pero, pues salieron falsas
las promesas que en lisonjas
lleva el viento, y en mi ofensa
goza á Claudia y me deshonra,
cuando venga Marco Antonio
y me dé muerte, ¿qué importa,
si á falta suya han de ser
verdugos mis manos propias?
Carlos me ha menospreciado,
y cuando no corresponda
don Luis á su favor
ni don Diego de Mendoza
á su palabra y mi ayuda,
siendo los celos ponzoña,
y yo basilisco de ellos,
matarélos si me tocan.
Déjame que en esas calles
dando voces interrompan
mis agravios el silencio,
para que los hombres oigan
de un cruel hombre la inconstancia;
deja que cual toro rompa
la imagen del padre ingrato
en el hijo vil.

ELENA. ¡Señora...!

MARGAR. Yo iré á Parma, falso Carlos;
Progne he de ser en tus bodas;
tu hijo he de hacer pedazos
para que sus carnes comas.
ELENA. Sosiégate.

MARGAR. ¿Cómo puedo?

ELENA. Escuchándome.

MARGAR. Estoy loca.

ELENA. ¿Qué quieres decirme?
Carlos
no está casado hasta ahora.
¿Qué sabemos si pretende
mientras que su padre toma
la posesión de su Estado
que ha tanto que por él llora,

engañar así al Marqués
para que en quietud dichosa,
á pesar de sus contrarios,
te llame Parma señora,
después?

MARGAR. Con esas promesas
su voluntad cautelosa
entretuvo mi esperanza,
Pacheco, no ha muchas horas.
¿Qué me aconsejas?

ELENA. Yo he dado
una traza milagrosa
que, para que se ejecute,
tu aprobación falta sola.
El ama que á mis señores
sirve es una labradora
de aquí cerca, cuyo padre
una milla de aquí mora,
y es quintero del Marqués
de Monferrato, el que toma
á Carlos todo su Estado.

MARGAR. Ese mi esperanza agosta.
ELENA. Ya tú sabes que aquí cerca
labró con soberbia y costa
una casa de placer
donde deposita Flora
su apacible primavera,
y donde Amaltea hermosa
vierte, á pesar del invierno,
eternamente su copia.
Si este rústico te lleva
disfrazada con las ropas
de su hija, imaginando
que eres una labradora,
á quien por querer yo bien
y que nadie te conozca
en su quinta, por mi cuenta
que estés oculta me importa,
podrás aguardar segura,
si la fortuna mejora
tus desgracias, excusando
los peligros que te asombran;
y yo partiéndome á Parma
haré con Carlos de forma
que de Claudia la presencia
no destierre tus memorias.
Y cuando casarse intente,
como la fama pregona,
buscaremos trazas nuevas
que estorbo á su intento ponga.
¿Qué dices?

MARGAR. Que no sé quién
en mi favor te provoca
cuando todos me persiguen.
ELENA. Mi inclinación que es piadosa.
Al labrador tengo hablado
y á mi gusto se acomoda,
de su hija prevenidas
las galas pobres y toscas.
El camino es breve, el tiempo
acomodado, pues, corta
á la noche con tijeras
de plata el alba las ropas.
A la puerta está el peligro
la diligencia negocia
y es madre de la ventura.
¿Qué escoges?

MARGAR. Fuerza es que escoja
tus consejos saludables.

ELENA. ¡Alto, pues! vamos, señora,
por el niño cuya vista
alivio dé á tus congojas,
que el labrador nos espera,
y con tan bella pastora
brotará flores la quinta.

MARGAR. Si vengo á ser más dichosa,
yo pagaré largamente
esta industria.

ELENA. *(Aparte.)* ¡Amor, vitorial!
Ya está el enemigo fuera,
ya no se abrasará Troya
ni don Luis gozará
la ocasión que le provoca.

MARGAR. ¡Ay, Carlos, al fin mudable!

ELENA. ¡Ay, industrias amorosas! *(Vanse.)*

ESCENA II

Salen MARCO ANTONIO, JULIO y CARLOS.

JULIO. El príncipe y el marqués
con Claudia estarán, señor,
en la quinta de Belflor;
razón será que le des
con tu presencia un buen día.
De Peynado el jardinero
saben, que en traje grosero
disfrazas la gallardía
que ha envidiado Italia en ti,
y por esto á Belflor vienen,
donde prevenidas tienen
tus bodas; no está de aquí
sino una milla. ¿Qué aguardas,
viendo que te está esperando
Claudia, por siglos juzgando
las horas que en verla tardas?

CARLOS. Marco Antonio: si merece
que le deis fe mi valor,
nuestra amistad y el amor
que desde hoy en los dos crece,
para cobrar el estado
que me ha usurpado el Marqués,
con cuyo favor después
el que á vos os ha quitado
restauremos, es forzosa
hoy á Belflor mi partida,
y por que no me lo impida
Margarita, que, celosa
de Claudia, ha de pretender
partir en mi compañía
ó no dejarme ir, querría,
antes de verla, poner
mi intento en ejecución.
¿Qué os parece?

MARCO. Aunque mudanza
temo, sé vuestro valor,
y que si es cuerdo el temor,
es noble la confianza.
Partid, príncipe, en buen hora;
cobrad á Parma, que es justo,
como reservéis el gusto
para quien en él adora.
Pero, porque no le ofenda

cuando miréis la beldad de Claudia, al amor llevad cual le pintan, con la venda á los ojos.

CARLOS. A entender con aqueo me habéis dado que el amor cuando es honrado sólo á su dama ha de ver, quedando ciego en su ausencia; pero, Marco Antonio amigo, al tiempo doy por testigo, por fiadora á la experiencia, y por jueces á los dos, de mi invencible constancia; mi partida es de importancia; presto os veré. Adiós. (Vase.)

MARCO. Adiós. Don Luis y don Diego viven aquí; prevenillos quiero que á mi hermana hablen primero, porque si no la aperciben de la amistad que hemos hecho el Príncipe y yo, el temor de mi pasado rigor que la matará sospecho. Quiero llamar, pero aquí pienso que salen los dos.

ESCENA III

Salen DON LUIS y CALVETE.—MARCO ANTONIO.

LUIS. ¿El príncipe?

CALVETE. Juro á Dios que la llevó y que lo vi por éstos que han de comer garrapatas. ¿Quieres más?

LUIS. ¿Pues has visto tú jamás al príncipe?

CALVETE. Desde ayer le he visto y comunicado; todo el suceso me dijo de su amor; suyo es el hijo que nos dieron; disfrazado por Margarita ha ya un año que goza de su beldad.

LUIS. Basta: todo eso es verdad.

CALVETE. A mí no hay hacerme engaño. Celoso de que su amante fueres estando ella aquí, no ha media hora que la vi llevarla; llegué arrogante, tentéla determinada, que es colérica y no espera, saqué el pie derecho fuera, conócile y no hubo nada. Al fin con gravedad nueva me dijo: «Hola, á quien llegare si por ella os preguntare decid: el Príncipe la lleva.» Partióse, y fuíme á dormir. ¿Quieres más?

LUIS. No.

CALVETE. Voyme á echar. (Vase.)

ESCENA IV

DICHOS, MENOS CALVETE.

LUIS. Debióse de adelantar Carlos, y por prevenir el riesgo de una ocasión, se la llevó. Ya sosiego; á buscar voy á don Diego. Extraños enredos son los que aquesta noche ha habido.

MARCO. ¿Qué hay, Don Luis valeroso?

LUIS. ¡Oh, Marco Antonio famoso! No por poco prevenido el príncipe perderá lo que es suyo de derecho. Poca confianza ha hecho de quien sirviéndole está.

MARCO. ¡Cómo!

LUIS. ¿No lo sabéis?

MARCO. No.

LUIS. A Margarita ha sacado de casa desconfiado de que, por amalla yo, habia de estar segura su belleza en mi poder.

MARCO. Eso, ¿cómo puede ser?

LUIS. Así quien lo vió lo jura.

MARCO. Pues vase ahora de aquí á Belflor determinado de cobrar su antiguo Estado á costa de dar el sí á Claudia, y porque por ella mi hermana no le impidiese su camino ó le siguiese á Belflor, se va sin ella, ¿y decís que la sacó de casa?

LUIS. Lo cierto es esto.

MARCO. En confusión me habéis puesto notable.

LUIS. Si se apartó anoche de vos, es cierto que vino por ella.

MARCO. Sí, luego que me despedí de vos se fué. ¿Si la ha muerto por quedar libre y poder casarse con Claudia?

LUIS. No, que es noble y cristiano.

MARCO. Y yo desdichado. Sin querer ver á su esposa, partir á Belflor con tanta prisa, ¡qué tarde el alma me avisal! No quiso, por encubrir su muerte, verla conmigo. ¡Ah promesas lisonjeras! ¡Nunca fué amigo de veras quien de veras fué enemigo! Testigo ha de ser Belflor, si al homicida hallo en él, del castigo más cruel que dió un agravio á un traidor.

LUIS. Si aqueo es cierto, el primero seré en vengar su inocente sangre.

MARCO. ¡Ah, príncipe inclementel

LUIS. Ir con vos á Belflor quiero.

MARCO. ¡Ah, Margarita engañadal

LUIS. La quinta pienso abrasar.

MARCO. ¡Qué poco que hay que fiar de amistad reconciliada! (Vanse.)

ESCENA V

Salen el MARQUÉS y el PRÍNCIPE viejos, CLAUDIA y otros.

MARQ. Menos la luz se estimara si no hubiera escuridad, y á faltar la enfermedad la salud no se preciara. El mar furioso declara lo que la bonanza encierra, realza al llano la sierra como la fea á la hermosa, y así nunca es tan preciosa la paz como tras la guerra. Ejemplo de esta verdad será, príncipe excelente, la que establece al presente nuestra antigua enemistad: para más conformidad tocó cajas al rigor de nuestro antiguo furor, mas ya con paz nos abraza y de dos opuestos traza nuestro parentesco amor.

PRÍNCIPE. Cuando la guerra proliza después de tantos enojos no me diera más despojos que por hija á vuestra hija, es justo, Marqués, que elija desde hoy mi dicha, la gloria y premio de la vitoria; porque cuando yo os venciera, ¿con qué otra cosa pudiera eternizar mi memoria? ¡Dichoso Carlos, que aguarda ser dueño de tal belleza!

MARQ. Más merece su nobleza. Claudia juzgará que tarda, que aunque el temor la acobarda, con el femenil recato como desposalla trato hoy deseará ver á quien su esposo ha de ser y heredar á Monferrato.

PRÍNCIPE. Nuestros pasados enojos nunca les dieron lugar para verse ni gozar Carlos la luz de estos ojos. Entre groseros despojos Bolonia le ha disfrazado; pero, pues ya está avisado del bien que el cielo le da, presto, señora, vendrá humilde y enamorado. ¿Habéisle cobrado amor?

CLAUDIA. Nunca mi gusto aborrece lo que estima y le parece bien al Marqués, mi señor.

PRÍNCIPE. Vos respondistes mejor que [yo] supe preguntar.

MARQ. Vamos, démosla lugar que con el deseo trate de Carlos, y la retrate, que amor bien sabe pintar. (Vanse los dos.)

ESCENA VI

CLAUDIA, sola.

Si son propiedades ciertas de amor que aún está en calma, que para entrar en el alma los ojos le abran las puertas, ¿cómo en mí, no estando abiertas, me presenta sus despojos mi padre por darme enojos? pues de los cinco sentidos la fe escoge los oídos, pero amor sólo los ojos. Déjeme verle y hablalle, sepa mi amor lo que merca, que quien ha de estar tan cerca no es bien de lejos amalle. Sin ver su presencia y talle, ¿cómo le podré querer? En un paje suelen ver el talle, el rostro y lenguaje, pues ¿importa más un paje que quien mi esposo ha de ser?

ESCENA VII

Salen DOÑA ELENA, de galán, y CALVETE.—DICHA.

ELENA. ¿Margarita está contenta y segura de mi amor?

CALVETE. Contado le he á mi señor todo el caso; pero intenta estorbar que á Claudia veas; con Marco Antonio vendrá aquí, que dudoso está de que en Margarita empleas todo el gusto, sin que tenga Claudia en él alguna parte con que te obligue á casarte.

ELENA. Cuando Marco Antonio venga conocerá la firmeza de mi noble inclinación.

CLAUDIA. ¿Qué gente es esta? ¿Si son pajes de Carlos? Ya empieza á prevenirse el deseo.

CALVETE. ¿Si habrá el príncipe venido? Grande atrevimiento ha sido traella aquí.

ELENA. Ya lo veo, aunque estando su belleza encubierta como está, de aqueo modo será testigo de mi firmeza.

CLAUDIA. Lo que hablan quiero escuchar.

CALVETE. Di, pues, quién eres, señor, porque se alegre Belflor.

CLAUDIA. Si Belflor se ha de alegrar con su venida, ¿quién duda que es este el príncipe? ¡Ay, cielos!

ELENA. Calvete, algunos recelos puesto me tienen en duda.
 CALVETE. Si eres, Carlos, heredero de Parma, ¿qué hay que temer?
 ELENA. No he de darme á conocer sin ver á Claudia primero.
 CLAUDIA. ¿Verme quiere? Mi opinión sigue, que amor se conquista solamente por la vista. No previne la ocasión.
 ¿Si está el cabello compuesto?
 ¿Si tengo igual el vestido?
 ¡Qué sin pensar me has cogido, amor, en el lazo puesto!
 CALVETE. El cielo las partes haga de tu esposa.
 ELENA. Sí, hará.
 CLAUDIA. ¿Su esposa me llama ya? Recíprocamente paga mi amor, que es un ángel de oro el principillo.
 ELENA. No entiendas que interés, belleza ó prendas me han de vencer, que la adoro y es mi esposa.
 CLAUDIA. Que me adora dice. Perdona el temor que le he de hablar... ¡Ah, señor, con tal silencio!
 ELENA. ¡Oh, señora!
 ¿Conocéisme vos á mí?
 CLAUDIA. El alma que profetiza su dicha en vos solemniza á Carlos.
 ELENA. ¿Sois Claudia?
 CLAUDIA. Sí.
 CALVETE. Por Dios que nos ha escuchado.
 ELENA. Dadme aquesa mano bella, honraré mi boca en ella.
 CLAUDIA. Aunque sois tan deseado no sé si en parte me pesa de que á verme hayáis venido.
 ELENA. Pues ¿por qué he desmerecido tanto bien?
 CLAUDIA. No es la causa esa.
 ELENA. ¿Pues cuál?
 CLAUDIA. Habéisme pintado allá en la imaginación un ángel en perfección y hermosura, y engañado agora, vendré á perder lo que en ausencia ganara si por tan bella quedara, porque jamás suele ser igual el original á lo que el deseo retrata.
 ELENA. Nunca con igualdad trata lo humano á lo celestial, y siendo Claudia infinita, tan rara beldad excede á lo que mi ingenio puede pintar.
 CALVETE. ¡Pobre Margarita!
 CLAUDIA. De vos la misma razón alegar Carlos podría, pues como visto no había vuestro talle y discreción,

pintátaos el pensamiento un mata hombres, enseñado más al acero templado que al dulce entretenimiento con que el amoroso dios hace en las almas su empleo; pero su retrato veo en lo niño y bello en vos. Vamos, que quiero ganar las albricias del marqués, aunque siendo el interés mío, yo las puedo dar.
 ELENA. Impórtame por ahora que no sepan mi venida.
 CLAUDIA. Como mi dicha no impida, norabuena.
 ELENA. No, señora; sólo es por cierto respeto que después os contaré.
 CLAUDIA. Vamos, pues, que yo os tendré con el debido secreto que pedís. Pero qué, ¿tanto encubierto habéis de estar?
 ELENA. Lo que tardase en llegar un amigo. (Ap.) ¡Cielo santo, ya yo entré donde no puedo salir si no me sacáis! En buen peligro, alma, andáis por don Luis de Toledo.
 CLAUDIA. ¿Hizo el cielo más hermoso príncipe? Perdida voy.
 ELENA. Vamos, que habéis de ser hoy...
 CLAUDIA. ¿Qué?
 ELENA. Mi esposa.
 CLAUDIA. Y vos mi esposo. (Vase.)

ESCENA VIII

CALVETE solo.

Zampáronse allá los dos. Yo no acabo de entender qué fin tiene de tener tanto embeleco.

ESCENA IX

Salen PEYNADO y MARGARITA de labradora.—DICHOS.

PEYNADO. Par Dios, que por más que os encubráis sois Margarita Gonzaga.
 MARGAR. ¡Arre allá; apartaos de zagal!
 PEYNADO. Yo no sé si en pena andáis desque os mató vuestro hermano, mas vuestra empergeñadura es su misma catadura; encubriros será en vano. Un responso y media misa si andáis, Margarita, en pena, os haré decir.
 MARGAR. ¿No es buena la tema en que da? Fenisa me llamo. (Ap.) Si me conocen en Belflor, perdida soy.
 CALVETE. Señora: dichoso soy

en haberte hallado; gocen mis labios tus pies.
 MARGAR. ¡Verá si escampan los desvarios!
 CALVETE. Calvete soy.
 MARGAR. ¡Hola, tíos; ténganse les digo allá!
 CALVETE. ¡Oh! ¿zangamangas conmigo?
 PEYNADO. Vos no debéis de saber que anda en pena esa mujer y está muerta: quitaos digo.
 CALVETE. ¿Muerta?
 PEYNADO. Sí, par Dios, yo ol abrir su huesa en la huerta do la enterraron.
 MARGAR. (Ap.) Por muerta me tienen.
 CALVETE. Quitade ahí, páparo.
 MARGAR. ¿Mas qué he de echarlos? ¡Si no se van con mal huegol
 PEYNADO. ¿Veislo?
 CALVETE. Yo la haré que luego vuelva la hoja.—Aquí está Carlos, (Al oído.) y si no vas á estorbar que no hable á Claudia, par Dios, que se picotean los dos.
 MARGAR. ¿Cómo? Espera.
 PEYNADO. Es escolar y conjúrala al oído, ¿qué mucho se esté quedita?
 CALVETE. Vuestro hermano, Margarita, todo el suceso ha sabido y presto vendrá á Belflor con don Luis y don Diego; Carlos está de amor ciego por Claudia.
 MARGAR. ¿Ciego de amor, y por Claudia?
 CALVETE. Aquesto es llano si á la vista he de creer; ahora acabo de ver que se entraron mano á mano donde, aunque esté Marco Antonio confiado en él, par Dios, que deben estar los dos consumando el matrimonio.
 MARGAR. ¡Alto! echó fortuna el resto de mi pena y su rigor; hoy abrasaré á Belflor.

ESCENA X

Sale JULIO.—DICHOS.

JULIO. Avisen á Claudia presto.
 PEYNADO. ¿Qué hay de nuevo?
 JULIO. Que ha venido Carlos.
 CALVETE. ¿Veslo?
 PEYNADO. Ya me alegro.
 JULIO. Con su padre y con su suegro está.
 CALVETE. Habrále persuadido Claudia, después de gozada, que se les dé á conocer.

JULIO. El desposorio ha de ser hoy y luego la jornada, que han de ir á dormir á Parma; á Claudia voy á llamar. Adiós. (Vase.)

ESCENA XI

DICHOS, menos JULIO.

MARGAR. ¿Hoy se han de casar? Celos, toquemos al arma; traedme el alma de Carlos, para que la atormentemos.
 PEYNADO. Pues ¿soy yo corchete de almas?
 MARGAR. Tú eres el diablo Cojuelo.
 PEYNADO. ¿Cojo me quieres dejar?
 ¿Quién diablos me metió en esto?
 MARGAR. Métele en el calabozo que llaman del menosprecio, donde con fuego y azufre, que es azul, le quemem celos. ¿No le traes?
 PEYNADO. Ya voy por él. Por el guisopo y caldero voy al cura y monacillos: ¡Abernuncio, Jesús, credo! (Vase.)

ESCENA XII

DICHOS, menos PEYNADO.

MARGAR. Pasa tú aquí, Asmodeillo, que en tu compañía quiero, como hay visita de cárcel, que haya visita de infierno. Tú días ha que condenado estás.
 CALVETE. ¿Zapel, eso reniego; ¿condenado?, ni aun de burlas; ¿por qué?
 MARGAR. Por alcabalero.
 CALVETE. Por alcahuete dirás.
 MARGAR. Sí, que también el infierno como el mundo, sin ser santos, tiene su orden de terceros. ¡Oh, qué de oficios que están abrasándose!
 CALVETE. Acá dentro no consienten vagamundos. ¿Quién son éstos?
 CALVETE. Pasteleros.
 MARGAR. O ladrones, ojaldreros, poca carne, mucho hueso, moscas con caldo en verano, macho picado en invierno: enhornarlos con sus pelos.
 CALVETE. Los de Italia serán esos, porque los de España son buenos cristianos.
 MARGAR. Muy buenos.
 CALVETE. Todos los que ves son sastres.
 MARGAR. ¿Sastres son todos aquestos?
 CALVETE. Sí, que comen con las puntas de las agujas el huevo.
 MARGAR. ¡Par diez!

CALVETE. Ellos son (1) muy bellacos marineros, pues viendo siempre la aguja nunca atinaron al puerto. ¿No notas la multitud de poetas como perros, mordiéndose unos á otros, no las carnes, mas los versos?

MARGAR. Tal es la hambre que pasan.

CALVETE. Por eso se andan royendo las uñas todos.

MARGAR. No es poco admitillos el infierno; mas ¿cómo están con los sastres?

CALVETE. ¿Agora no sabes eso? Porque cortan de vestir y mienten siempre con ellos. Esta es la volatería, todo es plumas.

MARGAR. Ya te entiendo, que en el infierno también hay signos como en el cielo. ¿No es Carlos este que está con Vireno padeciendo por ingrato? Olimpa soy; ¡ah, villano; aquí te tengo!

(Coge á Calvete.)

Con los pies te he de pisar ese corazón blasfemo. Quien tal hace que tal pague.

CALVETE. ¡Que me matas!

MARGAR. ¡Tú me has muerto!

(Vanse.)

ESCENA XIII

Salen CARLOS, el MARQUÉS y el PRÍNCIPE.

MARQ. Otra vez me dad los brazos.

CARLOS. Y el alma, señor, con ellos.

PRÍNCIPE. Dichoso fin á sus canas mis prolijos años dieron.

MARQ. Vayan á llamar á Claudia, que es á quien de este contento le toca la mayor parte; hoy os llamará su dueño y hoy entraremos en Parma.

CARLOS. ¿Cómo, gran señor, tan presto?

MARQ. Sí, Carlos; que es importante.

CARLOS. (Ap.) Si en ella una vez me veo no tendría Margarita queja de mí, ni sus celos ocasión de nuevos llantos.

ESCENA XIV

Sale CLAUDIA.—DICHOS.

CLAUDIA. ¿Carlos? No puede ser eso.

MARQ. Ya, Claudia, vino tu esposo; en él tienes un espejo

(1) Este pasaje está viciado; y aun esta escena y la anterior parecen interpoladas. La locura pasajera de Margarita debía de ser más trágica que satírica; aunque no son ajenos de Tirso estos rasgos que hoy parecen extraños.

de nobleza y discreción, de gentileza y esfuerzo; dale la mano y los brazos.

CARLOS. Con los míos os ofrezco un alma, cuyas potencias están suspensas de veros.

CLAUDIA. ¿Qué engaño es este, señores? ¿Vos sois Carlos?

CARLOS. No merezco ser vuestro esposo, mas soy Carlos, de Parma heredero.

CLAUDIA. Eso ¿cómo puede ser, si es Carlos un ángel bello de mi guarda, á cuyos ojos se rinden mis pensamientos?

MARQ. Estás sin seso. ¿Qué dices?

CLAUDIA. Yo bien puedo estar sin seso; mas, dentro, en mi cuarto está el Carlos á quien yo quiero.

PRÍNCIPE. ¿Hay confusión semejante?

MARQ. Id por él. ¿Qué es esto, cielos?

CLAUDIA. Yo le traeré y juzgaréis lo que ganó con el truco. (Vase.)

ESCENA XV

Salen DON DIEGO, DON LUIS y MARCO ANTONIO. DICHOS.

LUIS. Aquí están todos; veamos el fin de aqueste suceso, pues si Carlos os ofende, que hasta ahora no lo creo, y á Margarita dió muerte, todos tres satisfaremos vuestro agravio.

DIEGO. Vida y honra por [vos] perderá don Diego.

MARCO. Sois españoles, que basta.

ESCENA XVI

Sacan dos LABRADORES á MARGARITA de los brazos, de pastora.—DICHOS.

LABR. 1.º Gracias á Dios que en sí ha vuelto.

MARQ. ¿Qué es esto?

LABR. 2.º Mande su Esencia poner en un aposento esta mujer encerrada, que habiendo perdido el seso da en decir que es Lucifer y Belflor es el infierno, los que en ella estamos diablos, y si no la detenemos ya volara aquesta quinta hecha polvos por el viento.

CARLOS. ¡Margarita de mis ojos!

MARGAR. ¿De tus ojos soy y en ellos tienes á Claudia, traidor?

CARLOS. (De rodillas.) No lo permitan los cielos, sangre ilustre de Gonzaga. Si en los generosos pechos pueden más que los agravios la piedad que vive en ellos, tenedla de Margarita

y de mí, que en yugo tierno ha un año que soy su esposo y en su casa jardinero, ó dadme perdón ó muerte.

PRÍNCIPE. ¿Qué es lo que oigo? ¡Ay, triste viejo! ¿Quién es esta Margarita?

CARLOS. Del mayor contrario vuestro, aunque ya es hijo, es hermana.

PRÍNCIPE. Si es Marco Antonio, primero derramaré tu vil sangre.

MARGAR. (De rodillas.) La garganta humilde ofrezco, como á mi padre y señor.

MARCO. Y yo también este cuello si vuestra gracia no alcanzo.

CARLOS. Mi Marco Antonio, aquí os tengo, ya no temeré la muerte.

MARGAR. Cielos piadosos, ¿qué es esto? ¿Tendrán fin tantos pesares?

CARLOS. Dadnos perdón.

MARQ. Es muy presto.

CARLOS. Quien da luego da dos veces. Ya el enojo es parentesco; dos veces nos perdonáis siendo infinitas ejemplo de príncipes.

MARQ. ¿Qué he de hacer, si ya no hay otro remedio?

MARGAR. Perdón, señor, os pedimos.

MARCO. Padre sois.

PRÍNCIPE. Yo os lo concedo como le alcance mi hijo del Marqués.

MARQ. Pues ya está hecho, si el dar luego es dar dos veces, yo os le doy.

CARLOS. Eres espejo de Italia y del mundo todo.

ESCENA XVII

Salen CLAUDIA y DOÑA ELENA de hombre.—DICHOS.

CLAUDIA. El príncipe á quien por dueño confiesa el alma es aqueste.

MARQ. ¡Cómo! Dadle muerte presto. ¡Ah, villano cauteloso!

ESCENA XVIII

Sale CALVETE.—DICHOS.

CALVETE. A pagar de mi dinero que es príncipe y más.

MARQ. Matadle.

CLAUDIA. Señor, por su vida ruego, (De rodillas.) si no aborrecéis la mía.

ELENA. Un paje soy, que este enredo en favor de Margarita quise hacer.

MARQ. Matadle presto.

DIEGO. Eso no, gran señor, que es una dama de Toledo tan ilustre como hermosa.

CALVETE. ¡Válgate el diablo el Pacheco!

LUIS. ¿Es doña Elena de Luna?

DIEGO. Sí, que vuestro olvido y celos la han obligado á poner su vida y honor á riesgo. La mano la habéis de dar de esposo.

CLAUDIA. ¡Extraño suceso!

CARLOS. ¿Hay más cosas en un día?

CALVETE. ¡Oh, príncipe embelequero!

DIEGO. Dadle esa mano.

LUIS. En España se la juro dar, don Diego.

DIEGO. Quien da luego da dos veces.

LUIS. ¡Alto, pues! dóisela luego.

MARQ. Claudia la dé á Marco Antonio, á quien hago mi heredero.

CLAUDIA. Obedecerte es mi gusto.

MARCO. Esos pies humildes beso.

LUIS. Gocéis, Carlos valeroso, con Parma el dichoso empleo de Margarita.

CARLOS. A los dos cuanto soy y valgo debo, y pues que ya tiene esposa don Luis, para don Diego, guardo una hermana, y con ella cuatro villas.

DIEGO. No merezco tanta merced.

CALVETE. Eche un guante para mí.

CARLOS. ¿Qué quieres?

CALVETE. Quiero el ama que dió á mamar, Carlos, á vuestro hijo bello, que yo haré vengá á crialle.

LUIS. ¿A la parida?

CALVETE. ¡Oh, qué bueno! Yo soy quien la emparidé.

MARGAR. Yo el dote, Calvete, os debo. Venga á criarme mi hijo vuestra mujer.

CALVETE. Tus pies beso.

MARQ. Venid, que en Bolonia quiero celebrarlos todos juntos los ilustres casamientos.

CARLOS. Si es verdad, noble senado, que conforme estos ejemplos quien da luego da dos veces, dad perdón á nuestros yerros.